

SANTIAGO
SIERRA

FLOR DEL DOLOR





NOVELAS en **TRANSITO**

Esta colección ofrece un recorrido indispensable por la novela corta en México. Las primeras historias ven nacer el México independiente; las últimas, el país que surgió de la Revolución armada de 1910 y sus consecuencias culturales. No importa que las novelas vayan ligeras de equipaje, seguramente el viaje será largo.

La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com



CULTURA  **FONCA**
SECRETARÍA DE CULTURA

FLOR DEL DOLOR

SANTIAGO SIERRA

Gustavo Jiménez Aguirre
Presentación

Gustavo Jiménez Aguirre y Eliff Lara Astorga
Edición y notas

Novelas en Tránsito
Segunda Serie



La novela corta. Una biblioteca virtual

www.lanovelacorta.com

NOVELAS EN TRÁNSITO

Segunda Serie

Gustavo Jiménez Aguirre, *director*

CONSEJO EDITORIAL

Gabriel Manuel Enríquez Hernández, Verónica
Hernández Landa Valencia, Gustavo Jiménez Aguirre,
Eliff Lara Astorga y Luz América Viveros

ASISTENCIA EDITORIAL

Braulio Aguilar Velázquez y Karla Ximena Salinas Gallegos

Santiago Sierra, *Flor del dolor*

Primera edición digital: 21 de junio de 2018

D.R. © 2018 Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Filológicas

Circuito Mario de la Cueva, s. n.

Ciudad Universitaria, 04510, Ciudad de México.

Esta publicación se realizó con apoyo del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes a través del Programa de Fomento a Proyectos y Coinversiones Culturales 2017.

Diseño de la colección: Andrea Jiménez

Ilustración de portada: Gonzalo Fontano

ISBN: EN TRÁMITE (de la colección)

ISBN: EN TRÁMITE

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Se permite descargar e imprimir esta obra, sin fines de lucro.

Hecho en México.

ÍNDICE

Presentación. La novela de un fantasma	
<i>Gustavo Jiménez Aguirre</i>	5
<i>Flor del dolor</i>	
I. Hace veintidós años estaba yo en	
Constantinopla	15
II. No, yo no era digna del amor de Emmánuel	35
Noticia del texto	75
Santiago Sierra. Trazo biográfico	77
Notas	81

PRESENTACIÓN

La novela de un fantasma

Gustavo Jiménez Aguirre

Como otros destinos legendarios de la cultura mexicana, el de Santiago Sierra Méndez (Campeche, 1850-Ciudad de México, 1880) merece, al menos, pasar la prueba de fuego del rescate editorial y la valoración crítica de su obra literaria y periodística. Mientras ocurre algún milagro que rompa con la inercia de tan frecuente molición en las áreas menos prestigiadas del canon—incluso el del siglo XIX, sin duda mejor atendido en últimas fechas—, adelantamos en esta colección una muestra del talento innovador de Sierra Méndez con *Flor del dolor* (1869). Esta novela corta demuestra la capacidad del autor para activar los resortes de la ficción en niveles de comprensión y placer estético actuales.

Además de narrador, Sierra Méndez fue un poeta perseverante, con menos originalidad, quizá, si bien aún falta valorar su incursión temprana en el poema en prosa, otro género a la zaga en la academia mexicana, y

sus traducciones de la poesía de Goethe. En el ámbito renovador del periodismo cultural de la República Restaurada en México, no menos valiosa resulta su divulgación, siempre informada y con buena pluma, de los avances de la astronomía de su tiempo, el espiritismo y las primeras noticias en México sobre la cultura y la religión de la India.

La primera versión de *Flor del dolor* fue escrita, a mediados de 1869, en el puerto de Veracruz para el periódico literario *Violetas*, del que también Santiago fue fundador y editor en colaboración con Antonio F. Portilla, José Gutiérrez Zamora y Rafael de Zayas Enríquez, según informa Ángel José Fernández en el estudio preliminar de la afortunada edición facsimilar de *Violetas*.¹ El cierre de éste y el imán de la efervescencia cultural de la República Restaurada llevan la carrera literaria y política de Santiago Sierra a la capital del país. Hacia 1870 se integra a la comunidad triunfante y conciliadora de Ignacio Manuel Altamirano, orientador generoso de Santiago y de su hermano mayor, Justo. Por recomendación del Maestro, ambos colaboran en *El Domingo*, un “Semanario de Literatura, Ciencias y Mejoras Materiales”. En seis entregas de finales de 1871 a principios de 1872, Santiago publica la versión definitiva de *Flor del dolor*. En el trienio de su reescritura, el perseverante narrador, lee a Goethe, Nerval, Hugo,

Balzac y Gautier, entre otros maestros que le ofrecen cortadas fantásticas para narrar los misterios del espiritismo de Allan Kardec. En *Flor del dolor* confluyen dos afanes constantes de Sierra: la promoción de la heterodoxa espiritualidad de nuevo cuño, enfrentada al pensamiento conservador y al catolicismo, y la renovación de la narrativa mexicana por medio de la brevedad novelesca.

Ciento cincuenta años después de la publicación de esta novela, Santiago Sierra deambula en calidad de fantasma o de espíritu fantasmal. (Aun en las dimensiones más etéreas, hay jerarquías y clases como se aprecia en *Flor del dolor*.) En las redes de nuestra galaxia, literal, metafórica y ficcionalmente, Sierra Méndez posee aquella condición espiritual o espiritista, tematizada en el desenlace abierto de *Flor del dolor*: “Algún día, Manuel de Olaguíbel os referirá otro episodio de mi existencia”. Antes de llegar al último círculo temporal de la novela, vamos por partes o por resultados en la Web.

Cualquier buscador asocia el nombre de nuestro prosista y poeta campechano con el de su homónimo español, el omnipresente artista conceptual Santiago Sierra; las siguientes entradas remiten a la noticia del duelo en el que Sierra Méndez falleció a los treinta años. Los enlaces se multiplican en torno al suceso fatal, impregnado de confrontaciones políticas y perio-

dísticas al calor de la sucesión presidencial de 1880. Incluso las mínimas referencias literarias sobre nuestro fantasma acaban sepultadas por las circunstancias en las que Santiago perdió la vida cuando era redactor y articulista de *La Libertad*. En calidad de director de este diario, favorable a la reelección de Manuel González, Justo Sierra siguió con angustia creciente la absurda y maniquea trama de gacetillas y enconados artículos que cruzaban *La Libertad* y *La Patria*, propiedad de Ireneo Paz, simpatizante de Trinidad García de la Cadena y contrincante de González. Así resume el historiador y político los hechos en un pasaje de sus “Apuntes”:

El 27 de abril de año de 1880 a las nueve de la mañana, en las cercanías de Tlalnepantla, fue asesinado en un duelo mi hermano Santiago por el periodista Ireneo Paz. Fueron sus testigos don Jorge Hammenken, muerto joven, don Eduardo Garay, muerto joven y los del contrario: el Dr. Ignacio Martínez muerto asesinado, el coronel Bonifacio Tòpete, muerto ya. Presenciaron el lance don Severiano Comis, muerto en vigor de la edad y el Dr. Juan Gorrantes, muerto joven. La causa del duelo fue un suelto publicado en el periódico *La Libertad* por don Agustín Cuenca, muerto joven y atribuido a mi desdichado hermano por el asesino Paz, sugerido por un infame que se llama don Manuel Caballero. Según el mismo

matador se lo dijo al Dr. Martínez, que, el día del lance, me lo refirió.²

La insistencia de Sierra sobre el fallecimiento de la mayoría de los testigos del duelo transmite un desasosiego frente al doloroso recuerdo y su compleja indagatoria, una vez que, rulfianamente, sólo se escuchan murmullos en lugar de voces. Desde la perspectiva tardía de Sierra, quedaban tres sobrevivientes: el asesino material, el intelectual y el propio acusador, juez y parte en su juicio de sombras. Los dos primeros no son convocados, tampoco fueron confrontados públicamente por Sierra, quien falleció en 1912, convencido de su verdad. Hasta donde se sabe, Ireneo Paz nunca tomó la palabra para defenderse. Siete décadas después, su nieto, Octavio Paz, declaró que a su abuelo “le pesaba, siempre le pesó, su desdichado duelo con Santiago Sierra [...] Fue un hecho que lo marcó, una herida nunca cerrada”.³ Quizá como todo el expediente del caso.

En un giro inesperado de la novela del fantasma que vaga en la Web, en *El caso de los espíritus* (2005), José Mariano Leyva reabrió la investigación en uno de los capítulos más intrigantes de su estudio sobre el espiritismo en México en el siglo XIX: “1880: el silencio de los espíritus”. En el marco de este trabajo, indispensable para historiar una de las mentalidades

renovadoras del México decimonónico, contamos con una perspectiva múltiple del conflicto fatal: 1) el enrarecimiento de las circunstancias políticas, 2) las pasiones periodísticas implicadas, y 3) la reconstrucción narrativa de las personalidades confrontadas, en buena medida, por su ideología y creencias en la fuerza de la razón (Paz y los testigos del duelo) y en la templanza de los espíritus (Sierra). Además, hasta poco antes del enfrentamiento, Santiago confió en que alguna fuerza superior o circunstancia imprevista cancelaría un combate desigual, debido a su impericia con las armas de fuego y la probada experiencia de Paz con ellas, razón por la que éste hubiera preferido no usar pistola, como afirma Leyva.⁴

Ya sea que encontremos a Santiago Sierra en calidad de fantasma por los corredores empolvados de la historia literaria mexicana, o en las varias facetas autorales de *Flor del dolor* (espíritu protagónico, alias, alter ego y firmante de la novela), la empatía de los lectores de esta novela corta surge de las expectativas y virtualidades de una buena historia gótica con coartada espiritista: “Hace veintidós años estaba yo en Constantinopla paseándome en el cementerio de Gálata, bajo la bóveda verde-sombría de los cipreses, que mecían sus copas rumorosamente, como si trasportasen a los cielos la misteriosa plegaria de los muertos”. A partir de esta

secuencia y la posterior aclaración de que el protagonista es el narrador y el firmante de la obra que dialoga con sus lectoras del puerto de Veracruz y de la Ciudad de México, los sucesivos círculos temporales nos colocan al filo de la silla o al borde del desvelo.

En el ámbito de la heterodoxia religiosa y espiritual que corre al parejo de la modernidad de la novela corta en México durante el periodo 1872-1922, *Flor de dolor* es un relato tan fundacional de la narrativa de media distancia como *La Navidad en las montañas* (1871) y *Antonia* (1872) de Ignacio Manuel Altamirano. Sin duda, el recuento debe incluir las cinco novelas breves que Justo Sierra Méndez recoge en sus *Cuentos románticos* de 1893, escritos con antelación gracias al impulso renovador de los años fundacionales de la República Restaurada. Debemos a esta trilogía autoral un giro decisivo en la modernidad de la novela corta mexicana, prolongado hasta el inicio de la década de 1920.

Pero alarguemos un poco más la liga historiográfica y acentuemos el tardío reconocimiento y la celebración editorial de Santiago Sierra: si ponemos en perspectiva la propuesta gótico-espiritista de *Flor de dolor* y los círculos espacio-temporales que conforman su espiral narrativa con una de las cumbres fantásticas de la novela corta en México, *Aura* (1962), quizá no estemos

lejos de aceptar que Carlos Fuentes algo debe al espíritu o al fantasma ubicuo de Sierra Méndez. Razón de más para haberlo convocado en esta Biblioteca Virtual. Ojalá que por aquí deambule mucho tiempo.

FLOR DEL DOLOR

Hace veintidós años estaba yo en Constantinopla paseándome en el cementerio de Gálata, bajo la bóveda verde-sombría de los cipreses, que mecían sus copas rumorosamente, como si trasportasen a los cielos la misteriosa plegaria de los muertos.

Cerca de una tumba detuve mis pasos asombrado, y contuve en lo posible el aliento. Una mujer de peregrina hermosura oraba con fervor de rodillas, y sus ojos, mirando al firmamento con desesperación, parecían reprocharle el dolor que martirizaba su alma.

No sé por qué la oración que sus labios murmuraban hacía un eco en mi pensamiento; conocía yo que la solemne unción de una entrevista con el infinito la embargaba. En mi desvarío, llegué a imaginarme que la mirada de aquella mujer al encontrarse con las estrellas hacía un reflejo sideral en mi corazón. Sea lo que fuere, permanecí extático, aspirando con delicia el aliento de la brisa, trémulo sin causa, y oyendo allá a lo lejos el lánguido murmurar del Bósforo, cuyas olas de azur refieren terribles profecías a los muros de la antigua

Bizancio. La noche estaba espléndida y sacudía en el espacio su cabellera de chispas eternas.

Los mil ruidos de la ciudad se extinguían con lentitud, y sólo uno que otro *tophi* que cruzaba entre los pinos al galope, haciendo resonar su *khanjar* contra los ijares del corcel, interrumpían un instante la calma del panteón. Mis lectoras sabrán que en Constantinopla el cementerio es un lugar de diversiones. El fatalismo islamita ha hecho de aquella morada de los cadáveres una especie de desafío al destino. Alfombras de césped se extienden entre sepulcro y sepulcro, y allí se reúnen por las mañanas los *lions* musulmanes a esperar algún billete amoroso,⁵ o una palabra de esperanza transportada por alguna esclava circasiana. Los ramilletes de flores van y vienen llenos de expresión y de perfumes; nadie como los orientales conoce el lenguaje del *sélam*;⁶ todo lo que el novio mexicano más parlanchín pudiera escribir en largas epístolas a su amada lo dicen ellos con algunas hojas secas, botones de rosa o de clandestina, mirtos, tulipanes, etcétera.

Las tumbas, regularmente de ese granito egipcio de que tan bellas muestras envió Mehmet Alí a Gregorio XVI, eran y son aún las mudas testigos de esas escenas de vida. Sienten los turcos gran indiferencia hacia los difuntos, y en lo que menos piensan es en que el humo de sus pipas se mezcla al fúnebre vapor de la

tierra mortuoria, y en que las parietarias y heliotropos, que de mensajeros les sirven, han brotado quizá sobre los corazones muertos.

¡Una mujer en tal sitio y a tal hora! ¡Sin velo! ¿Quién podría ser? Abdul Medjid castigaría semejante desorden si llegaba a saberlo;⁷ el sultán me había indicado en varias conversaciones su decisión de reprimir severamente toda violación de las costumbres tradicionales. ¿Qué significaba tal audacia?

Viendo que aquella postración no tenía trazas de suspenderse, me dirigí hacia la tumba. Al rumor de mis pisadas, la mujer volvió rápidamente la cabeza, y lanzando un pequeño grito dejó caer sobre su rostro una oscura *talpack* de Teherán. Sin embargo, yo había visto sus ojos un instante y había quedado deslumbrado.

—Esclava —le dije afectando la voz del *keimkhán*,⁸ que de todos era conocida—, ¿cómo violas así los preceptos de la ley?

—Seldjuck —me contestó—, yo soy la Rosa Blanca —y al murmurar estas palabras alzó ligeramente su velo y, al primer rayo de la luna que se despertaba en el horizonte, vi sobre su pecho un ramo de flores pálidas. Era, en efecto, una rosa blanca rodeada de una corona de mirtos y jazmines de Armenia. Dos hojas de cidronela se inclinaban sobre la flor del centro.

¡Respuesta singular! Yo acababa de llegar de Ale-

po, adonde me había enviado hacía dos años Ibrahim Pasha, que estaba en Vernet (Francia) para observar ciertos aprestos de la Sublime Puerta,⁹ y con cierta comisión importante, y no sabía a qué atribuir tales palabras.

Entretanto, Rosa Blanca se había acercado a mí, y me miraba fijamente. Sus manos, entrelazadas, parecían estar en ademán de súplica.

—Tú no eres Seldjuck —me dijo de súbito en griego.

Al oírme interpelar en mi idioma natal, retrocedí un paso y pregunté a aquella mujer:

—¿Me conoces?

—Tú eres Iván, el amigo de Ismail ibn Har.

—En efecto —respondí asombrado—. ¿Lloras acaso sobre su tumba?

—Sobre el monumento en que se depositó su cadáver, pero su alma está aquí —y señalaba las flores.

—¿Le viste morir?

—Yo le maté con mi perfidia, y él se fue sin perdonarme.

—Explícame esas palabras, porque no las entiendo. Háblame en turco si quieres, pues lo sé tan bien como el rumano y el habla de la patria.

—Pero no aquí. Ven al palacio, y te referiré mi historia.

Y volviéndose al sepulcro besó el frío *syenite* y murmuró:

—*Parab-areh Mahamad leil-Allah.*

Luego me tomó de la mano, atravesamos con rapidez el barrio y, entrando en un barquichuelo amarrado al Cuerno de Oro, nos dirigimos hacia el serrallo. Al tocar al muro septentrional en que se abre una portezuela secreta, la voz de un delhi llegó a nuestros oídos.¹⁰

—¡Atrás! —gritó.

La mujer se quitó un anillo que tiró por una tronera. El delhi bajó su pica, devolvió el anillo; a poco rechinó una cadena, y la puerta se hundió en una trampa. Un osmanlí ricamente vestido y con una linterna en la mano apareció y preguntó a mi compañera en árabe:

—¿Habéis salido con permiso del kizlar-agma?

—He llevado su anillo, *tzuka-dar*.¹¹

—¿Y vuestro amigo, entra con vos?

—Sí, pero ni una palabra, Jacob.

—La sultana sabe que yo soy su esclavo.

Saltamos de la barca, entramos por aquella concavidad practicada en el muro, y anduvimos en la oscuridad durante algunos minutos. De repente llegó a mis oídos el murmullo de una fuente, y mi guía exclamó:

—Ahora pasamos junto al Diván.

En efecto, varias voces sonaban confusamente hacia nuestro lado derecho, y yo pude percibir la clara

y sonora del ulema altercando acaloradamente con el gran visir.

Poco después la mujer se detuvo, escuchó con atención y murmuró:

—Podemos entrar; Zeila duerme.

Abrió la puerta y me encontré lleno de sorpresa en el harén de Estío del sultán. El tapiz de pluma extendido a nuestras plantas amortiguaba el son de las pisadas, y pudimos atravesar la primera sala sin despertar a la hermosa odalisca que, reclinada muellemente en cojines de terciopelo, dormía descuidada, teniendo aún entre sus labios rojos la boquilla de ámbar de su narguilé. Mi guía se dirigió a una colgadura, la alzó y me invitó a seguirla. Entramos en el departamento principal.

Sabido es que los sultanes, a pesar de poseer en el serrallo cerca de trescientas esclavas griegas, armenias, persas y aun sicilianas, tienen de *reglamento* —permítaseme la frase— cuatro, las más lindas del harén, a quienes distinguen entre todas, ya dándoles cierta injerencia en la política, ya colocándolas en palacios aislados del resto del edificio. Abdul Medjid tenía entonces por odaliscas a Zeila, comprada por su padre a un mercader caucásico; Fanirah, hija del pachá de Jerusalén; Nurmahal, presente del emperador de Marruecos, y Koralira, cuyo origen se ignoraba.

Todos sabían que ésta era la favorita, o por lo menos por tal pasaba.

Yo me hallaba en el aposento de Koralira; su cifra resplandecía en diamantes, sobre un dosel azul recamado de perlas. De aquella especie de solio partía para ambos lados un voluptuoso diván de raso rosa, bordado primorosamente de flores de plata. Multitud de cojines arreglados con cierto desorden rodaban por aquí y por allá. Eran los destinados a las esclavas nubias.

Mi conductora me abandonó en medio de aquel inmenso salón, y desapareció por una puerta de malaquita. A pesar de mi peligrosa estancia en el centro del alcázar, cuyo acceso era vedado a todo el mundo, no pude menos que contemplar con atención las riquezas arquitectónicas y esculturales que me rodeaban.

El estilo bizantino se mezclaba armoniosamente al morisco, y aquella muestra bien podía figurar ventajosamente en la Alhambra. Todo el enorme cuadrilongo estaba alfombrado con una tela de Basora que imitaba el color y la blandura del césped. El techo era de cedro, cincelado con maestría hasta en los detalles más ocultos, con embutidos de nácar y de bronce. Representaba la toma de Constantinopla por Mehmet en 1453, y era obra de dos célebres artistas de Bagdad, que se habían hecho pagar el trabajo en siete millones de cequíes. Aquella obra maestra parecía uno de esos cuadros de

Van Dyck que han perdido algo de su colorido; los efectos de sombra estaban tan bien dispuestos así. En medio de los millares de figuras que decoraban aquel cuadro de madera, destacábase la arrogante del terrible conquistador, de pie sobre una bombardita y señalando con el alfanje el último reducto de los paleólogos. Jamás había visto una escena tan soberbia, ni en los más estupendos *plafonds* del Louvre, ni en Sydenham Palace, ni en el famoso oratorio del Mikado en Jeddo. Así es que no desperdiciaba aquella oportunidad de admirar una de las más espléndidas creaciones del buril oriental. Los sultanes se cuidan poco de que los profanos ignoren las maravillas que encierran sus habitaciones; les basta la curiosidad jamás satisfecha de que saben están poseídos todos sus súbditos. Motivo más para que mi anhelo de contemplar se acrecentara.

Las paredes, de mármol blanco de Paros, estaban afiligranadas hasta el prodigio y, amén de bajorrelieves de plata incrustados entre pieza y pieza, hallábanse profusamente adornadas de flores naturales y artificiales, que en enormes guirnaldas bajaban desde el techo; de mosaicos italianos, de festones de cristal figurando combates, bailes, paisajes, retratos y todas esas mil curiosidades que el ocio hace inventar para distraer la soñolienta imaginación de los monarcas turcos. En medio del aposento, un estanque de alabastro conte-

nía multitud de peces de colores, y el surtidor era un *yinn* que movía las alas de oro, derramando por todas sus plumas hilos de agua purísima. Cuatro o cinco bronceos antiguos sostenían en alto enormes *bouquets* de heliotropos y violetas, entre cuyas hojas invisibles pebeteros chinos complicaban el ambiente con esencia de rosa y de jazmín. La luz entraba por dos gigantescas ventanas abiertas sobre el mar, y en frente de cada una había espejos venecianos del mismo tamaño; de manera que en cualquier punto del salón en que se estuviera, el magnífico panorama de Estambul se desarrollaba ante la vista con sus mil agujas y cúpulas doradas, sus minaretes descollando altivos y graciosos entre bosques de palmas y naranjos, sus palacios sombríamente suntuosos, su cielo de lapislázuli vetado por cendales de vapor, sus jardines babilónicos, su mar de azul turquí surcado en todas direcciones por piraguas latinas y griegas, y donde en aquellos momentos se columpiaba formidable y majestuosa la flota inglesa mandada por el sobrino de lord Cochrane. Mil canarios —aves favoritas de Abdul Medjid— gorjeaban alegremente en jaulas de plata coronadas de yerbas y frutos especiales. Sólo estos trinos interrumpían el silencio en aquella habitación deliciosa, pues el murmullo de la fuente era casi imperceptible; y como los chorros golpeaban hojas de acero dispuestas con arte,

producían una especie de música, pero que parecía venir de muy lejos, y muy lánguida, muy dulce, como un suspiro de amor. El conjunto era portentoso.

Había, pues, penetrado en ese templo de la molice olvidado por Galland en sus cuentos árabes, ignorado de todo el mundo, y la aventura que me había llevado allí esperaba su solución de una mujer a quien llamaban en Constantinopla la Rosa Blanca; pero ¿vendría pronto?, ¿quién sería?

No tardó mucho mi compañera; de súbito entró por las mismas mamparas por las que había salido; el velo que traía esta vez ocultaba completamente su traje y su vestido. Pero su andar era, como siempre, altanero y lleno de majestad.

Acercose a mí temblando y me preguntó con voz cortada:

—¿Juras no decir jamás en Constantinopla nada de lo que te voy a referir?

—Lo juro por la cabeza del Profeta —respondí.

—No, júralo conforme a tu religión.

—Pues bien, lo prometo bajo el voto del patriarca de Cristo.¹²

La Rosa Blanca me tomó entonces de la mano y, llevándome hacia el alféizar de la ventana más próxima, me dijo enseñándome allá a lo lejos el cementerio de Gálata:

—¿Ves aquel grupo de dátiles? En medio está la tumba de Ismail ibn Har. ¿Me prometes rogarle en tu oración de la tarde que me perdone?

—Te prometo que se lo rogaré.

—Pues siéntate y escucha.

—Antes quisiera saber con quién hablo, y ver tu rostro.

Mi conductora vaciló un poco, sentose distraída en un cojín, y luego exclamó:

—Al fin, ¿por qué no?

Y con un movimiento de resolución, se arrancó el velo negro que la cubría.

Un grito de asombro se escapó de mis labios; aquella hermosura era incomparable.

Era blanca y pálida, y su tez estaba cubierta de un casi imperceptible *duvet*. Tal blancura, a pesar de la revelación de anemia que mostraba, parecía iluminada por un fuego interior que la hacía casi diáfana. Sus cabellos, en parte sujetos por un turbante de terciopelo rojo, se desbordaban en mil rizos por sus mejillas y sus hombros, flotando al menor soplo de brisa que entraba por las ventanas, y, entrelazados con hebras de oro sembradas de esmeraldas, hacían resaltar más su color castaño oscuro, y bajaban a reposar sobre el cojín. Eran brillantes y finos, y contra la luz causaban un efecto sorprendente, aumentado por el fulgor de las piedras.

El turbante, inclinado al lado izquierdo, tenía una doble franja de perlas de Ceilán, y de éstas, la más grande sostenía una especie de plumero de hilos de cristal en forma de cono volteado, como el que adorna la corona de los shas de Persia. El final terminaba en una mota de colores vivísimos, entre los cuales se ostentaba el Ehrick-apué, diamante fabuloso con que los sultanes suelen adornarse en las grandes ceremonias. Bajo aquel tocado fantástico, la frente de la joven parecía el sostén de alabastro de un estuche de Christofle. Sus cejas eran negras y arqueadas, su nariz fina y recta, aunque la respiración la ensanchaba como en todas las naturalezas fogosas; y sus ojos, llenos en aquel momento de lágrimas, tenían el corte de la almendra, el brillo de una pasión intensa y las pestañas más largas y graciosas que había visto en mi vida. Sus labios, sensuales y risueños, dejaban admirar en una penumbra de carmín dos curvas de perlas diminutas. El óvalo del rostro debía ser perfectamente intachable, pues la redondez de sus curvas era conveniente; y la barba remataba en un delicioso hoyuelo.

Su cuello, que parecía hecho a torno, estaba engalanado con un collar de turquesas redondas que simulaban una serpiente, de cuya boca, inclinada hacia el pecho, salía una lengua de venturina. El que haya visto a las amazonas de los circos podrá formarse una idea de

su vestido superior. Era una gasa verde, ajustada estrechamente a todos los contornos del torso; echad así sobre el busto de la *Venus de Médicis* un velo de espuma de seda, y veréis una copia. Tenía enteramente desnudos los brazos, brazos de una morbidez exquisita, como los de *Aurora* de Guérin despertando a Céfalo, y apenas en los hombros temblaban dos anchas manguitas de encajes; en las muñecas y en los dedos de las manos lucían multitud de joyas a cuál más rica, en que los diamantes competían en tamaño y valor. Alrededor de su delgado talle un cinturón de telas indias venía a engancharse en un prendedor de acero de incontables facetas, que llevaba la marca de Douault-Wieland; dos cintas de terciopelo la sujetaban también a los hombros, y dejaban caer a ambos lados borlas de oro cuajadas de pedrería. El resto de su vestido lo completaban unos calzones de raso blanco abrochados hasta cerca de las piernas con viboritas de zafiro, bordados de oro y plata y amatistas, anchos y flotantes como los de las albanesas. De los pies, engastados, por decirlo así, en dos sandalias de armiño encorvadas hacia la punta y con remates de oro, subían trenzas de seda azul que se perdían entre los pliegues del calzón.

Aquella hurí tenía la cintura más esbelta que una circasiana, sus ojos cargados de antimonio embriagaban de amor, y todo en ella descubría a la señora acostum-

brada a la obediencia, a la mujer convencida de su belleza, el alma ardiente y fantástica de las hijas del Corán.

Todo este examen lo hice de rodillas y sin hablar, tanta así era la admiración que me había infundido.

—Sultana —le dije postrando mi cabeza en tierra...

—Yo no soy la sultana —me respondió vivamente—, yo soy Koralira.

—¡Ah!

Estaba, pues, en presencia de la favorita. La odalisca, reclinada con indolencia en sus cojines, me miraba de una manera vaga, y como absorta en otras contemplaciones íntimas. De repente me enseñó el tubo de una pipa que yacía a poca distancia, trájelo hasta sus plantas, y me indicó con un ademán que yo fumara y tomara su misma postura para escucharla.

Aunque con gran respeto, tendime en la alfombra cuan largo era, posé mi cabeza casi a los pies de la turca, y púseme a oír la narración atentamente, mirando unas veces a mi linda compañera y otras al humo azul que en caprichosas espirales subía de mis labios hasta el borde de la ventana, donde se desvanecía con rapidez entre el fresco aliento del mar.

Koralira habló así:

Hará pronto tres años que mi padre, natural de Scutari, tuvo que ir a Corinto para asuntos de su comercio, y

me llevó consigo, pues siendo hija única no quiso dejarme sola. Una mañana que nos dirigíamos al peribolo en busca de jacintos, a que yo era muy afecta, pasó a caballo junto a nosotros un joven griego cuyas miradas me impresionaron fuertemente. A pesar de que yo llevaba mi velo, algo debió llamar su atención, pues no lejos de allí detuvo su corcel y se puso a observarnos. Cuando pasamos por donde él se había detenido, dejó caer a mis pies un ramito de balsaminas. La balsamina significa impaciencia. Quería, pues, ver mi rostro. El sitio en que estábamos era favorable; alcé un momento mi velo, y él dejó escapar un ligero grito.

Luego desapareció.

Yo quedé abismada en mil reflexiones singulares. Jamás había sentido lo que en aquellos momentos. Creí que un ser extraño se había identificado con mi alma, y que desde entonces ya no me pertenecía. Oía sonar en mi interior una música que parecía corresponder a cada latido de mi corazón, a cada suspiro que exhalaba. Veía en mi porvenir no sé qué guirnaldas blancas y frescas como el perfume de los campos, iluminadas por una aurora de felicidad. Todo el día estuve preocupada con aquel encuentro. Al sombrear la noche, extática y distraída, me dirigí al jardín y me puse a arrancar flores. La luna proyectó una sombra humana a mi lado, alcé los ojos y vi a un hombre de pie sobre la tapia. Inmedia-

tamente reconocí al joven griego y quise correr hacia él. El pudor me retuvo, pero en el momento me lanzó un ramillete atado a un cordón de seda. Alcelo del césped. Se componía de una hoja y una flor de mirto, dos claudias, dos clemátides, una flor de pino, cuatro madreselvas y una hermosísima centaurea. En el lenguaje del *sélam*, esta combinación decía: “Te amo con todo mi corazón; si guardas secreto y pones un poco de artificio y atrevimiento, nuestro cariño podrá hacernos felices”.

Yo temblé al leer estas palabras; pero advirtiendo que de nadie era observada, desaté la misiva, guardándola en mi seno; y fijándome en las flores que había recogido, noté llena de admiración que hacían respuesta conveniente.

Eran, en efecto, un racimo de heliotropos, cuatro camelias, una hoja de junco y dos jacintos persas.

Esto es: “Mi amor es grande y me hace dichosa como a ti; obedeceré a todo lo que me ordenes”.

Mi amante dio grandes muestras de alegría. Al día siguiente mi padre me anunció que iba a establecerse definitivamente en Corinto. Inútil es decirte que mi gozo fue tan grande como el de Emmánuel, que así se llamaba el joven griego. Desde ese día fuimos los seres más dichosos de la tierra.

Emmánuel venía todas las tardes por el jardín y, cuando yo no podía bajar, él subía la escalera y, a riesgo

de que algún importuno le descubriese, llegaba hasta el surtidor, estrechaba mi talle entre sus brazos, le dejaba yo tomar un beso de mis labios, y cambiábamos con miradas ardientes algunos billetes de flores.

La familia de Emmánuel se hizo grande amiga de la mía, y comenzamos a visitarnos, aunque con toda la reserva que nuestros usos orientales y la diferencia de religión nos imponían. Una tarde salimos a disfrutar de los crepúsculos del otoño a las afueras de Corinto, y Emmánuel y yo, vagando por las orillas del Pirene, y leyendo la historia en las magníficas ruinas, nos apartamos insensiblemente del resto de la comitiva y, cuando lo advertimos, nos encontramos perdidos en un laberinto de pequeñas lomas cubiertas de columnas y de yedra; al hallarnos aislados por la casualidad, un sentimiento inmenso de alegría se apoderó de nuestros corazones, enlazamos nuestras manos y caminamos a la ventura, sin decirnos por largo tiempo una palabra; pero nuestras almas sostenían un diálogo sublime, que interpretaban fielmente nuestras miradas.

De repente Emmánuel se detuvo y me preguntó:

—¿Qué edad tienes, Koralira?

—Quince, ¿y tú?

—Yo cumpliré pronto dieciséis. Óyeme, amada mía, yo te amo como nunca podré expresarlo; siento al mirarte que una vida nueva derraman tus ojos en mi alma, que

en mis sentimientos comienza a delinearse un resplandor augusto emanado de esas estrellas negras; al respirar el hálito de tu boca de rosa, corre por todo mi cuerpo el temblor dulcísimo de la pasión, como si mis ideas fuesen bañadas en una ráfaga de incienso; al estrechar tu mano, me creo ya unido a ti para siempre, algo como la eternidad establece una corriente magnética entre tu cariño y el mío; alzas la cabeza sacudiendo tus hermosos cabellos, y creo ver flotar sobre tu cabeza una aureola que sirve de corona a tu inocencia; quiero besar las huellas que dejas a tu paso, quiero descubrir en tus palabras la voz de un sueño de armonía, quiero besar tu frente... de rodillas...

Y Emmánuel cayó a mis plantas, transfigurado por la suprema emoción de felicidad que le hicieron sentir mis besos de fuego.

Sin embargo, en aquella alma noble y sencilla nunca se albergó una intención indigna; jamás sus palabras hicieron encenderse mis mejillas, jamás de sus ojos brotaron más chispas que las del amor tierno y candoroso. ¡Oh!, Emmánuel era un ángel, Iván; y yo...

No, no quiero ocultarte nada, ésta es una confesión que sólo a ti hago, pero que necesitan mis remordimientos; Iván, tú le rogarás que me perdone.

Y la hermosa Koralira ocultó su rostro entre sus manos, dando salida a su dolor en lágrimas abundantes.

Cuando se hubo tranquilizado algo con mis ofertas, la odalisca continuó:

II

No, yo no era digna del amor de Emmánuel; en aquel joven de ojos dulces y tímidos, de sentimientos tan elevados y tan puros, mi pasión no veía más que al hombre hermoso y lleno de gracia, no el éxtasis de castidad que él respiraba en mi presencia. Te lo diré de una vez, aunque ya tú lo hayas conocido desde el principio de esta historia: yo había sido coqueta, cosa más fácil entre nosotras de lo que creen los europeos. Ocasiones había tenido de sostener relaciones con un oficial de jenízaros llamado Sabbas Ureh, en Scutari, y durante nuestra residencia en Corinto, antes de conocer a Emmánuel, con varios jóvenes estudiantes del Liceo, a cuyo peristilo iba a copiar bajorrelieves para bordar mis velos.

Sin embargo, por nadie había yo sentido lo que por él; fuera porque su carácter era más serio que el de cuantos jóvenes había conocido, o porque me hacía versos, lo que siempre halaga nuestro corazón, yo le idolatraba con toda mi alma; quedé convencida de ello cuando por un ligero disgusto que hubo entre nuestras

familias estuve cerca de una luna sin verle; fue tanto lo que sufrí, que desde entonces enfermé; la clorosis se apoderó de mi sangre, trayéndome accidentes epilépticos, en los cuales, sin querer, gritaba el nombre de mi amado; descubriose, pues, nuestro amor, y tanto mi familia como la suya se opusieron tenazmente a nuestra voluntad, y la entrada en mi casa quedó vedada a Emmánuel.

No por eso dejamos de tener entrevistas por las escaleras del jardín; pero eran violentas y llenas de peligro.

Yo había acabado por adorar a Emmánuel con tal entusiasmo, que en mi pensamiento se confundía su imagen con la idea de Dios. Perdóname, Alá, pero si ese hombre me hubiera exigido abjurar del Corán por el Evangelio, yo tal vez fuera hoy nazarena. Cierta vez le pedí unos versos para la tumba de mi madre; los hizo; eran tiernos y sencillos como su alma, y al leerlos creí que yo misma los había hecho.

Una tarde en que por casualidad nos reunimos en los alrededores en casa de unos amigos, sin que nuestras familias nos observaran, reclinó su frente en mi regazo y, poniéndose a mirar al cielo, me habló así:

—Koralira: desde la humilde yerba que crece a nuestros pies, hasta las estrellas que empiezan a contemplarnos; desde la ostra que enclaustró la naturaleza

en una piedra, hasta el corazón del hombre que late orgulloso en la conciencia de lo infinito, todo está basado en la ley santa del amor. Esta claridad que inunda nuestras almas es un reflejo de la sensación universal; un átomo de la iluminación eterna. ¿Qué es lo que yo siento en este instante venturoso? Inútil sería querer explicarlo; mi alma y tu alma se comunican en el foco de nuestras miradas; el ideal, he ahí su tálamo. Nuestras almas se han casado, Koralira; podrá llegar un instante horrible en que el destino, la fatalidad, nos separen; pero ni tú podrás olvidarme jamás, ni yo podré olvidarte nunca; ¡ah!, el primer amor es una alborada cuyo resplandor debe extender sus rosadas ráfagas hasta el interior de la tumba. En tus ojos tiembla una lágrima; deja que lea en ella la historia de nuestro amor; es un topacio líquido; pues bien, en su fondo hay un cielo azul, más azul que el que nos cubre bajo su manto inaccesible. Deja que corra hasta mis labios. Acabo de hacer una comunión. ¿Qué siento en mí? Una invasión de estrellas. ¡Hosanna al rey de los sentimientos, el amor! Koralira, háblame; ¿por qué te callas? Comprendo; el éxtasis se infiltra en tu inocencia. Seamos felices. Volemos por el éter, lejos del aliento del mundo, entre las nubes de oro y púrpura que huyen tras el crepúsculo; somos aún muy niños y, no obstante, ¿quién podrá negar que nos amamos con delirio? El amor es una músi-

ca celestial, y nosotros estamos en la obertura; Koralira, yo soy una nota, tú eres una nota de esa armonía: notas aladas. Recuesta tu candor en las plumas de sus alas, mientras que el murmullo de mi lira te adormece, y vagaremos así por las místicas regiones de otra vida. Permíteme que bese tu frente.

De repente se interrumpió y, estrechándome con fuerza contra su corazón, me dijo:

—Si yo tuviese que ausentarme, ¿serías fiel a tus juramentos?

—¿Cómo puedes dudarlo?

—Es que en este momento unas alas sombrías se han azotado contra mi alma; creo que me ha llamado una voz misteriosa, ¿quién es ese hombre que te mira tanto? Baja tu velo, Koralira.

Yo volví los ojos en torno de mí, pero no vi más que las columnas despedazadas, el estadio ruinoso, y allá en el rojo horizonte del ocaso un caballero que se dirigía a la ciudad.

—¿Estás soñando, Emmánuel? Nadie hay en este sitio más que tú y yo.

—Te digo que he visto unos ojos clavarse con insistencia en los tuyos... no sé por qué tiemblo... ¡Ah!, perdóname... vámonos.

Apoyada en su brazo, me levanté del césped y nos dirigimos a Corinto a pasos lentos.

Entretanto, el caballero avanzaba hacia nosotros con una velocidad inaudita. Aquel hombre parecía infundir alas de huracán a su caballo sirio.

Emmánuel y yo nos detuvimos para verle pasar; pero apenas nos divisó, refrenó el ímpetu de su cabalgadura y se detuvo a poca distancia.

Sus ojos hundidos y soñolientos se fijaron en mí de una manera brutal. Llevaba un magnífico turbante azul, signo de grandeza entre los turcos, y los dedos llenos de riquísimos anillos. Otro caballero llegó a poco rato a juntarse con él, y ambos continuaron su camino en la misma dirección que nosotros. Emmánuel se volvió hacia mí, y con una voz temblorosa murmuró:

—No has bajado tu velo, Koralira.

Llena de confusión por esta advertencia, bajé apresuradamente mi *talpack*, lo cual hizo que el caballero que me miraba sonriese de una manera extraña. Habló en voz baja con su acompañante y los dos fueron a situarse en la puerta de occidente. Emmánuel siguió con inquietud aquella evolución.

Llegamos, por fin, a casa de nuestros amigos; allí un criado que esperaba a mi amante le entregó un billete; Emmánuel se puso pálido al leerlo, y me miró con desesperación. Arrebatele aquella esquila que tanto le abatía, y leí:

A Emmánuel Arkángelo:

Hermano: El día de la Libertad se aproxima. Habéis jurado ayudarnos en la obra santa de la emancipación, en tanto que nosotros podemos hacer que la Albania sacuda su yugo. Los hijos de Botzaris son hermanos de la Italia. Mastai debe caer pronto.¹³ Venid con el refuerzo prometido.

*Roma, 26 de mayo de 1847*¹⁴

El presidente del Comité Central
Giuseppe Mazzini¹⁵

Emmánuel me tomó entre sus brazos, lloró sobre mi hombro, y me dijo solemnemente:

—He prometido. Cumpliré. A la noche, en el jardín.

Y se alejó a toda prisa. Yo, para seguirle aún con la vista, alcé la celosía de la sala, y mis miradas tropezaron con las del viajero siniestro de la tarde. ¿Qué hacía allí?

Cuando volví a mi casa, me siguió a pocos pasos. Yo no le veía, pero sus pasos resonaban en el empedrado a poca distancia de mí. Mi padre me recibió con visibles muestras de agitación.

—Koralira —díjome al entrar—, sultán Abdul está aquí.

—¿Cómo? —pregunté azorada.

—Ha llegado esta tarde, de incógnito, y viaja por la Grecia para observar personalmente los aprestos que se hacen para ayudar a los epirotas y albaneses en la insurrección.

—Pero su vida corre peligro, padre mío.

—Nadie más que yo y tú sabemos el secreto; el muftí le acompaña, y ambos permanecerán ocultos en mi casa.

En aquel instante llamaron a la puerta. Mi tenaz perseguidor entró; yo retrocedí espantada. Mi padre cayó de rodillas, tocando con sus venerables canas el pavimento.

—¿Es tu hija esa niña, Ackmet? —preguntó el extranjero levantándole.

—Es tu esclava, sultán Abdul.

—¿Y cómo permites que un cristiano sea su esposo?

—¿Un cristiano?

—¿Quién era el joven que te acompañaba esta tarde?

—Era Emmánuel, padre mío.

—¡Desgraciada! —rugió mi padre lanzando chispas de sus ojos.

—Perdónala, Ackmet, pero que jamás le vuelva a ver.

Yo me retiré confusa y avergonzada, y observé con dolorosa sorpresa que el muftí se paseaba en el jardín, donde había un pabellón que seguramente mi padre había destinado al sultán. Llamé a Teodora, mi camarera griega, y envié a Emmánuel un *sélam* compuesto de beleño, espinas negras, flores de ciruelo y dos miosotis. Le decía yo que desconfiara, pues había dificultad para vernos; que yo cumpliría mis juramentos, y le suplicaba no me olvidase.

Me asomé a la ventana que daba junto a la tapia del jardín, y allí esperé toda la noche. El sultán y el muftí se paseaban al otro extremo, conversando agitadamente. Mis miradas se fijaban en la luna, que surcaba el espacio entre coronas de vapores tornasolados, cuando oí al pie del muro el melancólico preludeo con que una guzla interrumpía el silencio de la noche.

El trovador era Emmánuel; su voz idolatrada resonó bien pronto, cantándome su adiós con notas arrancadas por el dolor a su alma apasionada:

Mañana estaré, señora,
muy lejos de tus miradas,
muy lejos, y en raudo vuelo
distante iré de la patria.

Llevo en mis sueños de niño

que ilumina la esperanza
tu imagen, rosa prendida
en el altar de mi alma;

yo le daré mis suspiros,
yo le regaré con lágrimas,
y de mi amor en el fuego
vivirá fresca y lozana.

¡Ay, si mi recuerdo, niña,
de tu memoria se aparta!
¡Ay, si el viento del olvido
la luz de tu amor apaga!

Yo moriré, y de la tierra
verás surgir a tus plantas
una sombra que perturbe
de tu ingratitud la calma,

que gemirá en tus oídos,
se inclinará en tu almohada,
e interrumpirá, si rezas,
tu incierta y febril plegaria,

y reirá si tú lloras,
y llorará si tú cantas,

y te ceñirá si duermes
con su fúnebre guirnalda

No me olvides: ¡ay, si muere
de tus recuerdos la llama!
Y ¡ay, si el viento del olvido
la luz de tu amor apaga!

La impresión que esta serenata dejó en mí, no podré jamás explicarla; me pareció que un fantasma horrible se mecía en el aire sobre mi cabeza amenazándome con una maldición. ¿Qué había inducido a Emmánuel a cantar me versos tan tristes?

¿Acaso el infeliz tenía presentimientos? Yo juraba amarle siempre, y, sin mentira, la idea de traicionarle me parecía una profanación en mi alma... Cuando Emmánuel, alejándose a caballo, me arrojó por encima del muro un ramo de nomeolvides, caí de rodillas y oré, y las lágrimas corrieron por mis mejillas tres días y tres noches. Desde entonces ni una carta, ni un mensaje, nada de Emmánuel; su familia sabía noticias tuyas muy de tarde en tarde y por conductos extraños; yo lloraba sin cesar, y sentía que mi amor aumentaba a pesar del gran vacío que la ausencia formaba en mi alma. El sultán y el muftí habían partido pocos días después de nuestro encuentro. El primero me había mirado de

una manera siniestra al despedirse de mí. Yo temblé de pavor.

Mucho tiempo después, un joven me siguió en la calle y, acercándose a mí en el Acrópolis, me entregó un billete de Emmánuel, diciéndome su nombre idolatrado... aquel día era el aniversario de su partida... mi padre notó lo que había pasado, me arrebató la carta sin dejármela leer y la hizo mil pedazos. Pero yo adiviné que aquel mensaje era la renovación de todos sus juramentos, y la desesperación me hizo derramar amargo llanto. Jamás volví a tener carta suya... lloré, pero me callé; aquel castigo era merecido, y vi en él una expiación de mi culpa.

Al llegar a esta parte de su narración, la voz de Koralira se entrecortaba a cada paso con sollozos desgarradores, y la odalisca miraba con insistencia hacia el cementerio de Gálata, donde yacía Ismail ibn Har.

Yo que conocía aquella historia, aunque no tan detalladamente, me inclinaba sobre los cojines lleno de compasión.

Koralira siguió:

De repente, me dijo mi padre: “Hija mía, el Corán adicionado por Alí, me ordena tu muerte: prepárate a sufrirla esta misma noche. El muftí está aquí de nuevo,

y él, a fuer de gran sacerdote de Alá, te precipitará desde la peña Skraios, en castigo de tus culpas. Te repito que te prepares. A las once saldremos de la ciudad”.

Yo quedé anonadada bajo el peso de aquella sentencia atroz y, sin poder articular una palabra, subí a mi aposento y abrí instintivamente el ajimez que miraba al jardín. El muftí se paseaba en él a la luz de la luna, arrastrando sobre la yerba su túnica de púrpura. Sobre las tapias, y casi confundida con el horizonte, se descubría una colina elevadísima, una de cuyas paredes caía a pico sobre la llanura. Era la roca de donde debían despeñarme. Aquella vista me hizo una impresión horrorosa. Mis miradas parecían magnetizadas en aquel punto. Los mismos latidos de mi corazón me llenaban de sobresalto, y a cada instante creía ver presentarse en mi busca al terrible ejecutor de la ley de Mahoma. Un vértigo sombrío se apoderó de mi alma; mi imaginación comenzó a dar vueltas en torno de un mundo fantástico, en el que se agitaban seres extraños y confusos, larvas de lo desconocido que me miraban con odio. Veíame yo a la orilla del abismo, conducida por un genio infernal sobre un caballo sirio; y sin poder sofrenar al corcel que me conducía, rodar, atravesar el aire sin aliento, con las ropas en desorden y la sangre en la cabeza; y caer, caer sin cesar en aquella horrenda sima, y, después de un siglo de ansiedad, ir a dar mi último

beso, al estrellarme, sobre la frente de un cadáver... el cadáver de Emmánuel...

Di un grito y me desplomé en un diván bañada en llanto, desfallecida.

La luna, invadiendo entonces mi cuarto, proyectó sobre los tapices un rayo amarillo que iluminaba vagamente los objetos, prestándoles formas y contornos singulares. La hora se aproximaba; tenía que rezar... Dirigime al espejo para arrancarme el turbante de la virgen y colocar el velo de la condenada; al llegar a mi tocador, detúveme con espanto. Reflejábase allí perfectamente la luz de la luna, pero como un incendio lejano. En aquella alfombra iluminada vi una grande escalera que daba a una plaza llena de gente enfurecida. Por el extremo superior, la gradería terminaba en un soberbio palacio, envuelto en las sombras, de donde se escapaban por instantes fulgores siniestros. A lo lejos, enormes cúpulas de basílicas se destacaban sobre el estrellado azul del cielo, revelando ser aquella una gran ciudad católica. Acordeme de las vistas litográficas que había hojeado en el retrete de mi padre, y reconocí el Vaticano. La multitud se agolpaba en tumulto contra las barandas coronadas de esbirros pontificios, y mi ilusión era tan completa que creía escuchar los alaridos tremendos de una rebelión. De en medio de aquel hervidero de insurrectos, se adelantó de súbito un gallardo

joven que portaba en la gorra frigia que sujetaba sus rizados cabellos, las insignias del carbonarismo: L. I. F. Reconocí a Emmánuel y quise lanzarme en pos suya. El espejo me opuso su fría realidad. Retrocedí temblando, y vi la alfombra. La luna la teñía con sus olas de plata. Y, sin embargo, en el espejo que la reflejaba, podía yo asistir a aquel asalto del palacio papal. Emmánuel tremolaba una bandera roja y animaba con la voz y el ejemplo a los amotinados: puso el pie en la última grada, una serpiente roja fulguró en toda la fachada del Vaticano, y oí distintamente la descarga de la mosquetería. Al disiparse el humo, vi a mi amante envolverse en los pliegues de su bandera y caer sin vida desde la eminencia en que se hallaba. De nuevo quise correr hacia aquel lugar horrible, pero la luna se apagó detrás de una nube negrísima, y mi aposento quedó a oscuras. Encendí una lámpara y me dirigí otra vez al tocador. Allí pasé algunos minutos de agonía, esperando que la visión se repitiera; en vano; sólo percibí una especie de sombra azul. Fijé en ella mi atención y la vi acercarse con lentitud. Aquel vapor tenía la forma de un ramillete; llegó hasta mí y desapareció del espejo. Sentí en las manos una sensación suave y delicada, como si una mariposa hubiera venido a rozar en mis dedos con sus alas. Bajé la vista y temblé de pavor. Estaba yo estrechando un ramo de nomeolvides.

Caí de rodillas y lloré...

Pocos momentos después el muftí y mi padre llamaron a la puerta.

Levanteme resignada y abrí.

Dos esclavos negros me colocaron sobre los hombros un manto negro en que un versículo del apéndice al Corán estaba escrito con letras de sangre, y bajamos en silencio.

Montamos a caballo y atravesamos las desiertas calles de Corinto, que dormía ignorante de que las leyes islamitas iban a sacrificar una víctima a pocos pasos de sus autoridades, en pleno territorio griego.

La llanura se extendió ante nosotros, y allá, en el confín del horizonte, la gigantesca mole del Skraios, iluminado fantásticamente por la luna. Era mi patíbulo, y parecía tenderme dos brazos descarnados como para despedazarme en sus abismos.

Mi padre lloraba, el muftí rezaba en alta voz.

Serían las cuatro de la mañana cuando llegamos al pie de la colina y empezamos a subir a todo galope hacia la cima.

Los latidos de mi corazón aumentaban a medida que se aproximaba el fatal instante; en la fisonomía de mi anciano padre se marcaba una resolución siniestra, y tornaba sus azorados ojos del muftí a su hija, como esperando una palabra de perdón. El sacerdote permanecía impasible.

Cuando nos detuvimos, mi padre vino a estrecharme contra su corazón, y lloró abundantemente.

Postró en tierra su venerable cabeza, y murmuró con resignación:

—Dios es Dios y Mahoma es su profeta.

Yo me aparté un poco de la comitiva, me arrodillé sobre la yerba y sumergí mi alma en un éxtasis indefinible. ¡Morir tan joven!

El firmamento empezaba ya a colorearse con los primeros besos de la aurora, y se escuchaba por todas partes el susurro misterioso que cunde por la naturaleza al despertarse. Todo iba a dejar el sueño, todo iba a entrar de nuevo en la vida... un minuto más, y yo entraba en el reino de la muerte. Apretando convulsivamente contra mi pecho el retrato y las últimas flores de Emmánuel, mi pensamiento volaba por regiones misteriosas llenas de luz y de armonía. Poco a poco el temor se fue apartando de mí, llegué casi a olvidar el atroz suplicio que me esperaba, y me hubiera yo dormido en aquella contemplación, si la ruda voz del muftí no viniera a sacarme de mi letargo.

—Basta de orar, Koralira; el término se ha cumplido; antes de que el sol derrame su esplendor sobre el mundo, es preciso que tu cadáver insepulto yazca en la llanura, para servir de pasto a los perros y a los buitres. Tal castigo manda la ley, adicionada por Alí,

intérprete del Profeta, en el verso nono del capítulo undécimo.

—Estoy pronta a morir, muftí —respondí tranquila—; déjame tan sólo abrazar a mi padre.

El anciano cayó en mis brazos y murmuró en mi oído:

—Yo también voy a morir, hija mía, no nos separaremos.

Y volviéndose al sacerdote con ademán suplicante, le dijo:

—Muftí, permíteme morir con mi hija.

—Haz lo que quieras, Ackmet, pero pronto, que ya el sol va a llegar.

—Entonces, que nos aten juntos.

—¡Imposible! Los precipitaremos juntos, pero no en una misma ligadura.

El muftí hizo una señal a los esclavos, y en un momento me encontré envuelta en una red de cuerdas cuyos extremos tomó el representante de la religión. Luego hicieron lo mismo con mi padre. Yo había tomado las miosotis entre los dientes, y respiraba su perfume con fuerza, pues estaba segura de que algún genio los había traído a mis manos desde las de Emmánuel.

Nos acercaron al borde del abismo, y vi en su fondo el valle, como a trescientos codos bajo nosotros. Entonces tuve miedo y quise retroceder.

Era ya tarde; el muftí recitó la última oración, los dos esclavos se acercaron a nosotros, nos empujaron de repente, vi a mi padre desaparecer en las profundidades, extendí los brazos hacia delante buscando inútilmente de qué asirme, la tierra me faltó bajo los pies, y caí precipitada en el abismo.

Con gran sorpresa noté que, mientras mi padre llegaba hecho pedazos a las profundidades de la sima, yo quedaba suspenda en el aire, y luego sentí que la cuerda con que estaba sujeta de nuevo era tirada hacia arriba. La emoción me hizo perder el conocimiento, y cuando lo recobré, vime tendida en un espléndido sofá, y rodeada por todas partes de objetos de lujo. Estaba en un camarín sumamente pequeño y primoroso, y que tenía cierto balance que no me podía explicar. Al mismo tiempo llegaba hasta mí un rumor sordo y prolongado. Recorrí todas las paredes de aquel aposento pero no encontré ni una puerta; arriba, en el techo, un tragaluz de vidrios empañados me impedía observar el exterior. Mi asombro iba en aumento; de vez en cuando oía crujidos singulares, algo como una canción muy lejana y el monótono compás de un balanceo. Recordé con admiración el momento en que me precipitaron del Skraios, cómo quedé suspendida y mi desmayo. ¿Qué pensar, pues, de aquel suceso?

Comprendiendo que aquella habitación debía te-

ner alguna puerta secreta, púseme a buscar detenidamente algún resorte oculto que me diera la clave del enigma; descorrí algunos tapices y rasgué las colgaduras. En vano. Sobre una mesa había provisiones que el temor y la inquietud me impidieron tocar. Cuando se acercaba la noche, oí pasos sobre el techo; corrí al sofá y me fingí dormida. Una sombra se dibujó vagamente en los cristales del tragaluz, uno de ellos se deslizó suavemente; abrí los ojos de una manera imperceptible y vi asomarse por el hueco la terrible cabeza del muftí, que me contempló largo rato. Luego desapareció, y el vidrio ocupó otra vez su lugar. Poco después una puerta se abrió frente a mí y el sacerdote entró, seguido de un embozado. Adelantose éste, se descubrió y se arrodilló a mis pies. La sorpresa me hizo abrir los ojos y exclamé:

—¡Dios mío!

—Sí, yo soy el sultán Abdul Medjid, que viene a postrar ante tus plantas su diadema y su corazón, Korralira; yo, que te adoro hace tanto tiempo y que hoy por fin puedo satisfacer mis deseos estrechando tu talle, hurí divina, y bebiendo en tus ojos y en tus labios la felicidad del amor.

—¡Señor! —balbucí llena de turbación y de vergüenza.

—¡Oh!, no temas, perla mía; ven a mis brazos, y serás tú la sultana de Turquía.

Tres días después, nuestra galera turca atracaba al puente del serrallo, y yo era enviada al harén de Estío, a esperar la fiesta de los Tulipanes. Tú que conoces bien nuestras costumbres, Iván, comprenderás que, aunque no merezco disculpa, me era imposible resistir. Además, Emmánuel ya no existía, mi padre había muerto... ¿qué iba a ser de mí? Bien sabía que la aventura del Skraios era una astucia del muftí para aislarne completamente; necesitaba, pues, vengarme de ese hombre. Yo había aceptado la protección de Abdul Medjid, pero no le había dado mi amor hasta que me proclamara primera odalisca del serrallo, y en mi habitación no habían vuelto a entrar más que mis esclavos de África.¹⁶

A mediados del mes de abril, el kizlar-agma, jefe de los eunucos negros, me presentó una invitación del keim-khán, gobernador de la ciudad, para asistir a la fiesta de los Tulipanes, en la cual la esclava preferida tiene derecho a pedir una gracia, cualquiera que sea, a su señor.

Como el recuerdo de Emmánuel no se apartaba un momento de mi memoria, seduje a un osmanlí, Jacob, el tzuka-dar, a quien ya conoces, para que escribiera a Corinto preguntando por la suerte de mi amante. El mismo día de la festividad, me trajo la respuesta: había perecido en una rebelión del pueblo contra el papa, antes de la fuga de éste a Gaeta, y su cadáver iba a ser

devuelto a su familia. Mi sueño, pues, había sido una visión. Ya lo presentía: las lágrimas que derramé dieron mayor hermosura a mi semblante, y fui a la ceremonia vestida de blanco, pero sin tulipanes; coloqué una rosa blanca en mi cabellera, y a su rededor una corona de cidronela, símbolo del dolor en silencio. Aquel atavío, contrarrestando las costumbres adoptadas, debía causar gran sensación.

El sultán había mandado construir para la solemnidad un palacio de madera y cristal en el centro de los jardines de oriente. Tenía la forma de un sol, cuyos rayos los formaban líneas divergentes de divanes de raso, alternados hasta lo infinito con enormes jarrones de porcelana henchidos de tulipanes, desde el amarillo de oro que sólo crece a orillas del Éufrates, hasta el rojo de sangre que se oculta en las florestas del Brasil. El centro del sol era el trono del sultán, de pórfido esculpido por célebres artistas, y suspendido, encima del cual se ostentaba, brillante de oro y pedrerías, un magnífico dosel de raso azul; en el estrado había dos cojines de terciopelo, uno para el sultán, otro para la elegida. La disposición de aquel alcázar improvisado era tal, que desde el centro el soberano podía abarcar en todo su contorno las inmensas galerías de flores; al extremo de cada galería, al romper las orquestas la danza, debían aparecer vestidas de almeas y con un tulipán en la

mano, todas las esclavas del serrallo, de trece en trece, y acercarse al trono danzando por entre las fuentes de mármol que alegraban el recinto. Millares de candelabros iluminaban soberbiamente la escena. Del techo se desprendían, pendientes de cordones de seda, globos de cristal llenos de aguas de colores, a cuyo través la luz se reflejaba sobre las flores en iris sorprendentes por su variedad y extrañeza. A lo largo de las paredes, entre las setenta ventanas abiertas sobre el jardín, incontables jaulas de oro, llenas de canarios que gorjeaban dulcemente, animaban más aquel sueño realizado. Las galerías estaban perfectamente unidas en su extremidad inferior por un círculo gigantesco, sitio destinado a las músicas, al banquete, a los eunucos y a las siervas de las esclavas. La madera de que se había hecho el piso exhalaba perfumes exquisitos, y era tersa y pulida para que las sandalias finísimas de las odaliscas resbalasen ligeramente al compás de la música. Las lunas de Venecia estaban prodigadas de una manera fantástica, en el techo, en las paredes, en el solio, en las fuentes, entre los tulipanes; así es que todos los objetos se multiplicaban maravillosamente y hacían un conjunto laberíntico lleno de gracia y sorpresas. Alrededor del trono, sobre bandejas de plata sostenidas por monstruos de mármol y alabastro, el sultán había hecho exhibir los presentes que se le habían remitido, con

motivo de la fiesta, desde los confines de la Etiopía hasta la Tartaria y el Cáucaso. Las bóvedas del techo, ocultas bajo espesas cortinas de tulipanes, lanzaban de vez en cuando sobre las odaliscas polvo de agua de jazmín, que llenaba el ambiente de una esencia de voluptuosidad incomparable, al mismo tiempo que la brisa, agitando los farolillos de seda que en guirnaldas de luz engalanaban las ventanas, nos traía el tibio y oloroso aliento del jardín. En las fuentes se balanceaban con lentitud diminutas piraguas chinas tripuladas por pequeños orangutanes de Marruecos, y blancas parvas de cisnes del Peloponeso erguían majestuosamente sus cuellos de armiño. Los diamantes, el nácar, los rubíes, las esmeraldas, los topacios incrustados en los divanes, añadían su vivo esplendor a la iluminación caprichosa del palacio.

A la fiesta de los Tulipanes estaban invitados, por una excepción especial, el guardasellos de la Sublime Puerta, el gran visir, el virrey de Egipto presente entonces en Estambul para un arreglo de ciertas diferencias entre su gobierno y el de Abdul Medjid; el muftí, el keim-khán, el tzuka-dar y un joven cantor albanés, a quien el sultán se había aficionado mucho en aquellos días. El kizlar-agma y el keim-khán eran los encargados de arreglar la fiesta, y ya has visto con qué lujo y suntuosidad la habían dispuesto.

A las diez de la noche, el sultán entró ricamente vestido y se sentó con visibles muestras de impaciencia en uno de los cojines del solio. Llevaba en la mano un ramo de tulipanes cuyos tallos se sujetaban dentro de un anillo en que estaba engastado el famoso diamante Ehrick-apué, con el cual había de obsequiar a la odalisca que cautivara su corazón. Al mismo tiempo, las orquestas colocadas en la circunferencia del sol abrieron la ceremonia con la marcha *Kalivab*, música tradicional, creada por un flautista del tiempo de Harún al-Raschid, y mientras que las gradas del solio eran ocupadas por los favoritos, las veintiséis puertas de las galerías se abrieron, y las odaliscas y esclavas, envueltas en transparentes gasas, salieron danzando en caprichosos círculos, entrelazándose como los florones de una corona de hadas, y dirigiéndose con lentitud hacia el solio. Yo, sin mezclarme a su impúdico baile, las seguía tristemente, con mi *sélam* en la cabeza, vestida de blanco, con la cabellera flotando sobre las espaldas. Mis compañeras todas, sin interrumpir sus cánticos de amor y su baile, me miraban absortas y no comprendían mi atrevimiento. El kizlar-agma estaba petrificado y temía a cada instante ver estallar la cólera del sultán.

Llegamos hasta el pie del solio, todas se prosternaron, y yo me apoyé, para no caer, en una de las pilastras del estrado.

Junto al sultán Abdul Medjid, y mirándome con ojos centelleantes, estaba de pie, pálido y sombrío, Emmánuel Arkángelo, vestido de albanés, y teniendo en la mano izquierda una pequeña guzla, mientras que con la diestra acariciaba el pomo de su daga. Yo, con los ojos fijos en aquel fantasma, ni veía la mirada de amor en que me envolvía el sultán, ni las airadas señales que me hacía el kizlar-agma para que yo también me postrara.

Abdul Medjid bajó del escaño, me tomó de la mano y, besándola con respeto, gritó irguiéndose ante la multitud:

—Koralira-Rosa Blanca es la odalisca de mi elección.

Todos se miraron confundidos. Yo seguí, tambaleando, al sultán, que me colocó lleno de gozo en el cojín inmediato al suyo. El albanés se inclinó a mi oído y dijo:

—Te traigo un *sélam* del otro mundo.

Yo palidecí tan espantosamente, que el sultán me contempló asombrado y me preguntó:

—¿Qué tienes, perla mía?

—¿Cómo se llama este joven albanés, señor? —le contesté con voz apagada.

—Ismail ibn Har. Es un famoso tañedor de guzla. Anda, Ismail, alegre un poco a la sultana. Canta.

—Excelso señor —contestó Ismail en un tono que me hizo estremecer—, quiera Alá que mi canción, aunque triste y sentida, sea un sino de felicidad para tu poder y para esta hermosa niña, tan cándida, tan fiel como lo atestiguan sus miradas; tan buena, pues su corazón no latirá en adelante sino para ti; y que hoy te entrega con su alma su primer amor, ese perfume de las vírgenes.

Luego, preludiando una música mágica en su guzla, me vio cada vez más sombrío, paseó una mirada salvaje por toda la concurrencia y cantó.

Cantó una tristísima trova de amor llena de quejas, llena de dulzura, torrente de armonías que despertaba en mi corazón ecos de lánguida melancolía. Ismail, interrumpiéndose por instantes, me miraba con ferocidad, parecía querer lanzar sobre mí no sé qué terribles rayos desde el fondo oscuro de sus ojos, recomenzaba su canción con energía, y luego su voz celestial se iba extinguiendo como el murmullo de un arpa que se aleja. Los canarios habían suspendido sus trinos para escuchar aquellos gorjeos humanos, y en toda la extensión de las galerías no se oía más que las notas que salían de la garganta de Ismail, el rumor incesante de las fuentes y mi aliento fatigado y conmovido.

Las esclavas se habían olvidado de su envidia para escuchar también, y de pie y agrupadas en torno del

solio estaban pendientes de los labios del trovador. El muftí le miraba con extrañeza, y su odiosa fisonomía iba arrugándose de una manera siniestra. Ignoro cómo no expiré al escuchar lo que decía Ismail, sobre todo cuando, cambiando repentinamente de entonación, cantó la despedida con que Emmánuel me había dicho adiós la noche de su ausencia. Cuando llegó al ritornelo:

¡Ay, si el viento del olvido
la luz de tu amor apaga!

Di un grito, quise correr a sus brazos, pero el muftí se interpuso entre el cantor y yo, con una horrible sonrisa de triunfo.

Todo el aborrecimiento que había yo concebido contra este hombre estalló con frenesí en ese instante y, volviéndome al emperador, le grité con energía:

—Sultán Abdul, tienes que concederme una gracia.

—Estoy pronto a satisfacerte, perla mía.

—Quiero que este hombre sea precipitado incontinente al estanque grande del serrallo.

—¡El muftí! —exclamaron todos.

—¿Cómo, Korallira? ¿Qué es lo que quieres hacer? ¿Un asesinato?

—Un castigo, sultán. Este hombre ha precipitado a mi padre desde el peñasco de Skraios.

Abdul Medjid se puso lívido.

El muftí le miraba amenazante y sereno.

Yo me aproximé a una ventana, y observé a lo largo del muro el estanque que le lamía con sus olas azules y mansas.

Saque un puñal de mi cintura, lo apoyé contra mi corazón, y dije:

—Sultán Abdul, escoge entre ese hombre y Koralira.

Dos eunucos negros, a una señal del sultán se precipitaron sobre el representante de la religión y, antes de que pudiera articular un sonido o hacer un movimiento para defenderse, una banda le amordazó la boca y otras dos le ligaron fuertemente.

Ismail me miraba atónito.

—Koralira —me dijo lentamente el sultán—, lo que voy a hacer por ti me lo reprueba la conciencia; pero no será dicho que Abdul Medjid ha rehusado una súplica a la odalisca elegida el día de los Tulipanes. ¡Kizlar-agma!

El jefe de los eunucos se presentó.

—Que este hombre sea precipitado al estanque en el acto. Si mañana algún fanático derviche, algún mulá impertinente, clama contra mí como infiel a la religión, átese y dénese ochocientos azotes en la picota del Cuerno de Oro.

El muftí fue llevado a la ventana a pesar de sus desesperadas contorsiones, los eunucos le levantaron en alto, balanceáronle sobre sus cabezas y el infeliz cayó. El sultán, Ismail y yo nos inclinamos al borde del alféizar. El muftí, imposibilitado de nadar, dirigió una mirada de maldición a Abdul Medjid, hizo un violento esfuerzo y se hundió para siempre en el abismo. Los círculos ocasionados en el agua por su caída fueron cerrándose paulatinamente, y pronto la tranquilidad más siniestra reinó sobre la superficie del estanque.

En el interior, todos los rostros parecían de mármol, tanta así era su palidez y su inmovilidad.

Abdul Medjid volvió, firme y sereno, a su solio, me dio el ramito de tulipanes y ordenó que siguiera el baile. Sucesivamente fue eligiendo a Zeila, Nurmahal y Fanirah. Las cuatro, por el orden que las he nombrado, quedamos electas por odaliscas. Yo sentía que la mirada de Ismail me abrasaba, y aunque mi vista seguía los movimientos vertiginosos de las bailadoras, mi espíritu estaba fuertemente preocupado por aquella aparición fatídica y por las misteriosas palabras que el albanés había murmurado en mis oídos. Como había oído hablar de alucinaciones sufridas por personas muy cavilosas, llamé a Zeila a mi lado y le dije:

—Observa bien al cantor.

—Ya lo hago.

—¿Qué señas tiene?

Zeila me miró sorprendida, y luego, fijándose de nuevo en Ismail, contestó:

—Cabellera negra y lisa.

—No puede ser.

—¿Cómo?

—¿No es castaña y rizada?

—Creo que deliras.

—Dime el color de sus ojos.

—Negros como el azabache.

—¡Imposible!

—¿Estás loca, Korallira? Te digo que son negros.

—Es extraño, Emmánuel los tenía verdes. ¿Es alto o bajo, Zeila?

—Es muy pequeño de estatura, pero tiene abundante barba.

—Emmánuel era de mediana estatura y enteramente imberbe.

—¡Por el Profeta que no entiendo lo que dices! Mírale tú y verás si te engaña.

Volví la vista hacia Ismail y quedé azorada. Zeila no me había engañado y, sin embargo, yo estaba bien segura de que Ismail se me había aparecido primitivamente bajo la forma de Emmánuel. Deseché todo temor, y me dirigí, seguida de todas mis compañeras y acompañada del sultán, a la mesa del banquete. Ismail se sentó en

frente de mí, y por más miradas que le dirigí, no descubrí en su semblante ni la más remota semejanza con la primera ilusión que me había formado. Cerré los ojos desconsolada y retiré el cojín para sentarme; pero ¡oh sorpresa inaudita! Emmánuel estaba sentado en él y, sin embargo, el asiento de Ismail debía estar ocupado; porque aunque yo no le veía, el sultán conversaba con él, y oía yo claramente la voz del trovador respondiendo a las preguntas de Abdul Medjid. Retrocedí espantada, pero el fantasma me atrajo con fuerza, me sentó en el cojín, y me dijo con un acento que parecía salido de algún abismo de muerte:

¡Ay, si el viento del olvido
la luz de tu amor apaga!

Todo el tiempo del banquete, la sombra de Emmánuel estuvo sentada junto a mí, repitiéndome sin cesar su canción de despedida. El sultán me observaba con inquietud, y preguntaba a Ismail si conocía alguna música propia a disipar la tristeza.

—No es nada —contestaba el cantor—; la ejecución la ha puesto taciturna; ya se le pasará.

Pero inmediatamente que Ismail, a quien en vano buscaba yo con los ojos, cesaba de hablar, la voz de Emmánuel, ruda y sonora, volvía a infundir el espanto en

mi alma. Sentía yo sus brazos alrededor de mi cuello, su aliento mezclado a mi aliento, sus manos entre mis cabellos; estaba sentado sobre mis rodillas, y con dificultad podía yo hacer un movimiento. Y ¡horror supremo!, a cada beso que me daba me parecía que una calavera había juntado su fría boca a mis labios.

Después del banquete siguió de nuevo el baile. Abdul Medjid me tomó del brazo y empezó la danza conmigo; pero el fantasma me apartó del sultán bruscamente y nos pusimos a girar con locura alrededor del solio. Mi sorpresa llegó a su colmo, cuando vi que Abdul Medjid bailaba solo, pero figurándose que tenía una pareja, puesto que inclinaba la cabeza a un lado y parecía murmurar frases de amor a un oído invisible. Nurmahal, la tercera odalisca, bailaba también sin compañero, y estaba tan enajenada como el sultán. No pudiéndome explicar en qué consistía aquello, arrastré a Emmánuel hasta cerca de mi compañera y le pregunté desfallecida:

—¡Nurmahal!, ¡Nurmahal!, ¿con quién baila el soberano?

La odalisca se detuvo absorta, miró cerca de sí a alguien invisible para mis ojos y, lanzando una carcajada, me respondió:

—¡Decididamente, Koralira, creo que estás loca! Ya Zeila me lo había hecho observar. ¡Que le tengas entre tus brazos y que preguntes con quién baila!

—El sultán no está conmigo, Nurmahal. Es Emmánuel. ¡Oh Dios mío! ¿Qué es lo que me pasa? Pues y tú, ¿con quién bailas?

—Con Ismail ibn Har.

—¡Ah!

Hubiera yo caído al suelo, si Emmánuel no me hubiera sujetado entre sus brazos. Entonces ¡horrible transformación!, mi amante se arrancó los vestidos que le cubrían y apareció ante mí, descarnado y sangriento, su esqueleto. Sólo el rostro no apareció. Estaba degollado. Lancé un grito y me desmayé. Al volver al conocimiento, mi fúnebre pareja me arrebatava por las galerías con una velocidad inexplicable, pero sin perder en nada el compás marcado por las orquestas. Resbalábamos como si estuviésemos patinando sobre un témpano de hielo, nos deslizábamos casi acostados en el pavimento, y súbitamente, levantándonos, subíamos en espiral hasta el techo, como si fuéramos dos columnas de humo que se perdían entre los tulipanes. El vértigo se apoderó de nuevo de mí; pero el esqueleto no me soltaba de sus huesosas ligaduras, y cada vez el torbellino que formábamos era más rápido y tumultuoso.

El sultán y Nurmahal seguían, cada uno por su lado, bailando con sus fingidos Ismail y Koralira. Ignoro cómo no advertían su miserable engaño. Lo que más me asombraba era que de aquella alucinación partici-

paban todos, pues nadie notaba mis ascensiones al techo ni la rapidez de mi baile, ni las ridículas situaciones del soberano y la odalisca.

Hubo un momento en que Emmánuel me colocó sobre una de las chalupas de la fuente principal, tomó los remos de mano de los orangutanes y empezó a bogar con tal fuerza, que a cada instante creía yo que íbamos a estrellarnos contra el mármol; pero no, dejábamos atrás el solio y las galerías y las danzas y la música. Pronto nos encontramos en alta mar, y todavía en el horizonte podíamos distinguir los salones llenos de flores, armonías y luz, y a Nurmahal y Abdul Medjid ajenos enteramente de su alucinación.

Cuando todo desapareció, cuando ya no tuvimos sobre nosotros más que el cielo espléndido del mar, dirigí una mirada en mi derredor. Estábamos solos; allá en un rincón del bote, los animales se agrupaban con muestras de alegría y lanzaban por intervalos gritos que unían su rumor al de los remos. Emmánuel, es decir, su esqueleto, no parecía ocuparse de mí.

Yo, con una inexplicable confianza, recosté mi cabeza en el banco de popa y me puse a cantar. Los remos fueron cesando en su movimiento acompasado, el esqueleto extendió los brazos y cayó al mar dando un largo gemido. Yo le seguí con la vista hasta donde pude al través de las profundidades. Los orangutanes,

acercándose a mí con precaución, de pie sobre el borde de la piragua, empezaron una danza frenética lanzando alaridos salvajes que las olas del mar, agolpándose a nuestro paso, parecían repetir en sus abismos. Busqué dentro de mis vestidos este medallón.

Al decir esto Koralira, sacó de su cintura un relicario de oro. Luego siguió:

De un lado estaba el retrato de Emmánuel; del otro el de un amigo suyo, Iván de Karnak: por eso te he conocido hace algunas horas en el cementerio de Gálata. Emmánuel siempre me había hablado de ti como de su mejor amigo. Púseme, pues, a contemplar el retrato de mi amado y, en aquel éxtasis, me dormí, arrullada por el dulce vaivén de la piragua y el eco de una música lejana.

Cuando desperté, sentí pasar por mis ojos una nube de fuego llena de espectros envueltos en los rojos pliegues de una bandera. Así que aquella visión se hubo desvanecido en las tinieblas, me encontré en los brazos de Abdul Medjid, bailando al compás marcado por las orquestas. Nurmahal, apoyada en el brazo de Ismail, conversaba con Zeila y Fanirah al borde de una fuente.

—¿Y Emmánuel? —pregunté al sultán.

—¿Emmánuel?

Abdul Medjid me miró con sobresalto, me tomó el pulso y, palideciendo intensamente, exclamó:

—¡Dios mío! ¡Qué fiebre tan tremenda! Venga pronto mi médico Selim.

El ulema y el tzuka-dar salieron violentamente, mientras que las músicas se interrumpían y todas las esclavas acudían en tropel alrededor de nosotros. Transportáronme a la cámara inmediata a este aposento, y a poco llegó el famoso mágico y astrólogo. Después de reconocermme detenidamente, el sabio murmuró:

—Esta niña tiene el cólera.

—¡El cólera! —repitieron todos, apartándose con horror.

Yo paseé mi vista empañada por el aposento, y en el intersticio que formaban dos columnas de estuco vi acurrucado a Ismail, que reía de una manera infernal. Su aspecto me sobrecogió de tal modo que oculté la cabeza entre las sábanas de mi lecho.

El rostro era ciertamente el de Emmánuel, pero bajo su larga capa roja descubrí de nuevo el horrible esqueleto que me perseguía hacía tanto tiempo.

Él se adelantó y, abriéndose paso entre la multitud, dijo con voz de trueno:

—¡Atrás todos! Yo me encargo de la enferma.

Su ademán, su voz, su entonación, eran tan resueltos, que toda la concurrencia obedeció aquel mandato.

Abdul Medjid hizo despejar la sala y, mientras que el albanés se inclinaba sobre mí para respirar mi aliento, se arrodilló para orar.

El trovador se volvió hacia él y con un ademán imperativo le señaló la puerta.

Quedamos solos; los dos eunucos que puso el sultán de guarda en la entrada se paseaban indiferentes a la escena que representábamos nosotros.

Ismail se cercioró de que nadie nos veía y, despojándose de su extraña vestimenta, se presentó ante mí en toda la pompa de la juventud y la hermosura.

Era Emmánuel.

—Mátame, bien mío —dije arrodillándome sobre el lecho—, pero perdóname.

—No, Koralira. Yo he venido a buscarte. Yo, hace tiempo que dejé de vivir, pero el amor que te tengo me hizo volver al mundo. Ven conmigo. Te adoro. ¿Qué perdón necesitas? Basta a mis celos tu arrepentimiento. El mayor castigo que puedas haber sufrido es tu propio dolor. La conciencia es el verdugo de los que cometen una falta. ¡Sí, he venido por ti! Sin ti, ni la otra vida me era soportable. Yo nunca he dejado de idolatrarte. Yo siempre te he pertenecido, Koralira. Es verdad que tú fuiste una ingrata para mi amor, pero no importa: caíste, pero sin resbalar. La culpa estaba en el destino. Tú no has entregado tu corazón a nadie, ¿verdad, ángel mío?

—¡Oh!, a nadie, Emmánuel, te lo juro; sólo tú has vivido en él eternamente.

—Pues entonces, ábrete, cielo; las estrellas van a tener otra compañera. Volemos, Koralira. Hasta hoy hemos vivido en la tiniebla. Vamos a identificarnos con la Aurora. ¿Me amas, Koralira?

—Te adoro, Emmánuel.

—Pues muere.

Y al decir estas palabras, sacó un puñal de su cinturón y me lo clavó en el pecho hasta la empuñadura. Al ver brillar la hoja de acero, al sentir aquel frío doloroso desgarrarme las entrañas, di un grito involuntario, y el sultán y todos los eunucos se precipitaron en mi aposento.

Arrancaron de junto a mi lecho al albanés, y más de trescientas dagas se sepultaron en su corazón. Su cadáver sonreía aún cuando yo expiré.

Al oír aquella conclusión inesperada, me incorporé maquinalmente y pregunté atónito a Koralira:

—¡Cómo!... ¿Expirasteis?

—Sí, y desde entonces vivo en el espacio con Emmánuel: somos dos espíritus simpáticos que se reencarnan alternativamente; ángel de mi guarda él cuando yo vivo, genio vigilante yo cuando él cruza por la tierra.

Y Koralira se diafanizó ante mis ojos asombrados, y del interior de su pecho empezó a brotar una luz blanca que hirió mis párpados cerrados, haciéndome volver a la vida como de un letargo secular.

Entonces me hallé de nuevo en el cementerio de Gálata: aún tocaba con crispada mano la fría media luna de alabastro de un sepulcro turco, y a pocos pasos delante de mí flotaba indecisa y vagamente una forma nebulosa, a cuyo través las miradas de la luna penetraban en profusos cambiantes de ópalo. Koralira se había desvanecido de los abismos de mi imaginación, donde tanto la había yo contemplado absorto, y se aparecía ahora bajo su verdadera forma. El periespíritu la hacía sumamente sensible a las caricias de las auras nocturnas, y sonreía mirándome.¹⁷

Nunca podría yo decir de dónde vino, ni cómo la oí, ni qué grado de armonía tuvo esta palabra suprema que cayó de lo ignorado junto a mis oídos:

—Ruega.

Arrodilleme sobre el césped, y entre las maravillosas formas de mi éxtasis pude distinguir la transfiguración de Koralira en una rosa, blanca como la candidez. Otra sombra brotó de los espacios, y el éter ocultó entre sus misterios la aspiración que del alma de Koralira hacía el alma de Emmánuel Arkángelo, el amigo de mi infancia, el que me había revelado una de mis existen-

cias cuando estudiábamos bajo los frisos del Partenón las sublimes inspiraciones de Fidias y Praxíteles.

Tres días después, mi cadáver era sepultado en Gálata, junto a las tumbas de aquellos dos *promessi sposi*.¹⁸

Algún día, Manuel de Olaguíbel os referirá otro episodio de mi existencia, que tuvo lugar en Paflagonia, cuatro siglos antes del sitio de Troya, cuando yo, autóctono del país —me llamaba Herobroas—, quité la vida a Briopy, argonauta, por la divina Areto.

NOTICIA DEL TEXTO

Flor del dolor se publicó por primera vez entre las páginas del periódico veracruzano *Violetas* (1869). Las entregas fueron:

Flor del dolor. Sueño. I, pp. 193-197.

Flor del dolor. Sueño. II, pp. 205-210.

Flor del dolor. Sueño. III, pp. 217-222.

La segunda edición de la novela se dio a conocer en la segunda época de *El Domingo* (1871-1873), constó de seis entregas:

3 de diciembre de 1871, pp. 143-146.

10 de diciembre de 1871, pp. 155-158.

17 de diciembre de 1871, pp. 169-171.

31 de diciembre de 1871, pp. 191-194.

7 de enero de 1872, pp. 203-205.

14 de enero de 1872, pp. 215-220.

Tras la publicación del artículo “Kaleidoscopio” (*El Domingo*, 26 de febrero de 1871, pp. 23-24), Santiago Sierra engloba con dicho título la novela aquí presentada y una serie de relatos: *Eva*, *Flor de nieve*, *Flor de fuego* y *Flor del cielo*.

La presente edición, fijada a partir de la versión de *El Domingo*, es la primera, en más de cien años, en recuperar la novela de nuestro autor.

SANTIAGO SIERRA
TRAZO BIOGRÁFICO

Hijo de Justo Sierra O'Reilly y Concepción Méndez, nació en Campeche el 3 de febrero de 1850. A los ocho años se trasladó con su familia a Mérida, donde estudió latín, griego y filosofía para continuar con la carrera de medicina; sin embargo, tras mudarse una vez más, ahora al puerto de Veracruz, abandonó sus estudios y trabajó como meritorio en una casa de comercio.

Tras una corta estadía en la Ciudad de México (1865), volvió al puerto veracruzano a laborar como dependiente de una casa de comercio en la que permaneció hasta 1869. En 1868 fundó en Veracruz *La Guirnalda*, semanario de literatura; colaboró en los diarios capitalinos *Semanario Ilustrado* y *La Vida de México*. En compañía de Manuel Díaz Mirón, Antonio F. Portilla y Rafael de Zayas Enríquez fundó el periódico literario *Violetas*, en 1869. Ese mismo año, entregó a *Violetas*: *Viajes por una oreja*, *Flor de fuego*. *Sueño*, *No me olvides*, *Flor de nieve*. *Sueño*, *Flor del cielo*. *Sueño*, *Flor del dolor*. *Sueño*; así como la versión libre del poema de Goethe “El rey de los duendes”, los poemas “Confidencias.

Libro del alma”, “Brindis en un baile”, “Libro del alma”, “Plegaria. Libro del alma”, “Lejos. Libro del alma”, “A Humboldt”, “Violetas. En el álbum de la señorita Elena Ponce”. Un año antes, en 1868, había publicado *Canto a México* y *La caza del tigre*, novela inconclusa dada a conocer por entregas en *La Guirnalda*, donde, además, escribió poemas, cuentos y ensayos sobre teatro. Por la época, ya instalado en la Ciudad de México, trabajó en la redacción de *El Renacimiento* y fue miembro de la Sociedad de Libres Pensadores de México, así como redactor de su órgano impreso (*El Libre Pensador*, 1870).

Fue redactor en jefe de *El Distrito Federal* (1870), fungió como director de *La Ilustración Espírita* (1872-1875) y formó parte de la redacción del *Bien Público* y de *El Federalista*. En éste, a partir de octubre de 1871, sostuvo una polémica con José Joaquín Terrazas, colaborador de *La Voz de México*, a raíz de la publicación de *Flor de fuego*, una novela corta de Sierra. Fue asignado oficial primero de la Secretaría del Senado (1876) y, posteriormente, formó parte de la legación mexicana en Chile hasta su regreso, ocasionado por la guerra entre éste y Perú. Junto a su hermano, Justo Sierra, dio a conocer en 1878 el periódico político, científico y literario *La Libertad*. Talentoso tipógrafo, Santiago Sierra produjo *La Guirnalda. Periódico de literatura y variedades* (1868), *Biblioteca de los niños* (1874), *El Mundo Científico*,

Instrucción para el cultivo y preparación del café en la Isla de Java, *Historia de las hormigas* de Pierre Huber, *La Época*, *El endemoniado* de Charles Dickens, *Dictamen de reformas constitucionales aprobadas en la Cámara de Diputados*, *La Bandera Negra*, *La Bandera Blanca*, todos de 1877; asimismo, la antología de Edgar Allan Poe que incluye *Aventuras maravillosas*, *Viaje a la luna*, *Manuscrito encontrado en una botella*, *La mentira del globo*, *En el Maelstrom* y *Morella*, del mismo año; finalmente, *La Libertad. Periódico político, científico y literario* (1878).

Tras una serie de enfrentamientos personales y periodísticos con Ireneo Paz, propietario del periódico *La Patria*, Santiago Sierra y Paz se batieron a duelo en los llanos de Tlalnepantla el 27 de abril de 1880. Durante el enfrentamiento, un disparo en la cabeza causó la muerte inmediata de Santiago.

NOTAS

¹ Ángel José Fernández (estudio, introducción e índices). *Violetas. Periódico literario*. Veracruz, 1869. Xalapa: Instituto Veracruzano de Cultura, 2008.

² Justo Sierra. *Obras completas*, vol. XIV. México: UNAM, 1949, p. 14.

³ Octavio Paz, “Silueta de Ireneo Paz”, en *Vuelta*, núm. 243, feb. 1997, p. 5-6. <https://www.letraslibres.com/sites/default/files/files6/files/pdfs_articulos/Vuelta-Vol21_243_01SIlrPzOPz.pdf>

⁴ José Mariano Leyva. *El ocaso de los espíritus*. México: Cal y Arena, 2005, pp. 117-131.

⁵ Las frases “lions musulmans” y “lions de l’islamism” se localizan en obras francesas sobre historia de Asia Central; aluden a los ejércitos musulmanes que combatieron al mando de generales como Al-Adil I [1145-1218] y en la campaña de conquista de los jázaros en el siglo vii. M. Reinaud, *Extraits des historiens arabes, relatifs aux guerres des Croisades*, París, Imprimerie Royale, 1829, p. 196, 268. Esos términos aparecen, incluso, en libros del siglo xx, por ejemplo el de Marius Canard, *Byzance et les musulmans du Proche Orient*, Londres, Variorum Reprints, 1973, p. 110.

⁶ Fátima López Pérez, Lady Mary Wortley Montagu (1689-1722), esposa del embajador británico en Turquía, Edward Wortley Montagu (1678-1761), refiere en una de sus *Turkish Embassy Letters* (1763) que “es posible enviar cartas de pasión, amistad o transmitir noticias a través de las flores, sin mancharse los dedos de tinta”. Etnóloga aficionada y precursora del feminismo, Wortley Montagu conoció el lenguaje persa del sélam, al entrevistar mujeres en los harenes turcos. Como se advierte en el relato de Sierra, esa codificación de mensajes se utilizaba para burlar la vigilancia masculina y familiar. “El lenguaje de las flores en el Modernismo de Barcelona: precedentes e influencias francesas”. <http://www.emblematica.es/anejos_imago/anejos-2/22_Fatima_Lopez_Perez.pdf>, [consulta: diciembre de 2018].

⁷ Abdul Medjid (1823-1861), sultán otomano de tendencia liberal, de amplia cultura francesa y abierto al diálogo diplomático con las potencias europeas. Sus reformas se orientaron a la conservación del Estado; entre ellas destacan las garantías civil y política de los derechos de los cristianos. La implementación de aquéllas fue complicada en provincias del imperio como Albania, en donde la comunidad cristiana padeció la oposición de simpatizantes del viejo régimen turco en los primeros años del sultanato de Abdul Medjid. Bajo su reinado se libró la guerra de Crimea contra Rusia (1853). The editors of *Encyclopaedia Britannica*, “Abdülmecid I”, *Encyclopaedia Britannica*, <<https://www.britannica.com/biography/Abdulmecid-I>>, [consulta: diciembre de 2018]. Émile de Girardin, “Francia. Cómo se evitan las revoluciones”, 4ª época, año 12, t. 6, núm. 1182, México, 23 de marzo de 1852, pp. 1-2, <<http://www.hndm.unam.mx/consulta/publicacion/visualizar/558a3df>

<[87d1ed64f1715cede?intPagina=1&tipo=pagina&palabras=abdul_medjid&anio=1852&mes=03&dia=23](http://www.hndm.unam.mx/consulta/publicacion/visualizar/558a3df)>, [consulta: diciembre de 2018].

⁸ Keim-Khán (¿?-¿?), hijo mayor de Mohammad Khan Bangash, conquistador afgano que, a principios del siglo xvii, estableció en el norte de la India una importante dinastía. En honor a este hijo se fundó la ciudad de Kaimganj en 1713, en el actual distrito indio de Farrukhabad, y donde Mohammad centró su gobierno sobre poblados cedidos a él por su habilidad de mercenario. En la novela se emplea el nombre “keim-khán” como genérico de gobernador. Khyber.org, “Mohammad Khan Bangash”, Khyber.org, 5 abril de 2015, <http://www.khyber.org/history/a/mohammad_khan_bangash.shtml>, [consulta: diciembre de 2018].

⁹ Ibrahim Pasha (1789-1848), príncipe egipcio. En calidad de general del ejército de su país, logró la reconquista de Tierra Santa para el islam. Sin éxito, participó en el intento de control de la rebelión griega por su independencia. A cambio de no invadir Turquía, gobernó un tiempo Siria. En 1846 viajó a la localidad de francesa de Vernet-les-Bains para un tratamiento médico. “Ibrahim Pacha”, *Passion Égyptienne*, <<http://www.passion-egyptienne.fr/Ibrahim%20Pacha.htm>>, [consulta: diciembre de 2018] y Les Amis de l'Égypte Ancienne, “Ibrahim Pacha. Donateur du sarcophage”, Les Amis de l'Égypte Ancienne, Saint-Estève, 2000, <http://ancienegypte.fr/iouf_khonsou/ibrahim_pacha.htm>, [consulta: diciembre de 2018].

¹⁰ Según algunos diccionarios de francés-español del siglo xix, *delhi* significa soldado turco. Ramón Joaquín Domínguez,

Diccionario universal francés-español, t. II, Madrid, R. J. Domínguez, 1845.

¹¹ El tzuka-dar es el jefe de pajes. El término se emplea en la novela *Vida y aventuras de John Davis* (1839) de Alejandro Dumas (1802-1870). Madrid, Aguirre y Compañía, 1850. p. 137. La definición se encuentra en *Il fotografo: giornale illustrato storico, statistico, geografico, scientifico, letterario, artistico*, Corbetta [Italia], 1856, p. 126.

¹² No hay que olvidar que mi religión era la griega [Nota del autor].

¹³ Hijo de una familia noble italiana, Giovanni Maria Battista Pellegrino Isidoro Mastai Ferretti (1792-1878) accedió, en 1846, al papado como Pío IX o Pío Nono. Sus reformas liberales, como la ley de la liberalización de la prensa y la amnistía otorgada a los revolucionarios de 1831-1832, dieron un nuevo impulso a los italianos que luchaban por la conformación de un Estado democrático y republicano; sin embargo, el papa no se adhirió a la causa. La insurrección popular de principios de 1848 contra el papado y su alianza con Austria, que dominaba la Lombardía, el Véneto, el Trentino e Istria, y a la vez controlaba la Toscana, Módena y Parma, e influía en los Estados Pontificios, obligaron a Mastai a huir a Sicilia; en su ausencia, se instauró la República romana, bajo el mando de Giuseppe Mazzini, Aurelio Saffi y Carlo Armellini. Con la intervención de Napoleón III, Pío IX recuperó el gobierno de sus Estados, pero los perdió, definitivamente, en 1870, cuando el emperador italiano Víctor Manuel II de Saboya terminó con la soberanía del Vaticano. Esperanza García Méndez,

Italia: de la Unificación a 1914, Madrid, Akal, 1994, pp. 10-12, 16-17.

¹⁴ En 1848 se sucedieron una serie de movimientos revolucionarios en Europa. Respecto al gobierno turco, éste y los griegos buscaban el éxito de Hungría frente a Rusia. Emigrados húngaros solicitaron a Turquía asilo, lo cual produjo un enfrentamiento político entre Turquía y Austria. Adolphus Slade, *Turkey and the Crimean War: a narrative of historical events*, New York, Cambridge University Press, 1867, pp. 60-68.

¹⁵ Giuseppe Mazzini (1805-1872) fue uno de los principales teóricos del nacionalismo en el proceso de la unificación de Italia. En su primera etapa de combatiente, formó parte de los *carbonari*, asociación secreta que pretendía la instauración de gobiernos constitucionales en todos los Estados; se componía principalmente de burgueses y militares. Los carbonari propiciaron los fallidos intentos revolucionarios de 1831. Ese mismo año, en el exilio en Marsella, Mazzini fundó otra sociedad, la Joven Italia, para continuar con el espíritu libertario y unificador. Esperanza García Méndez, *Italia: de la Unificación a 1914*, Madrid, Akal, 1994, pp. 14-16.

¹⁶ Entre los otomanos es grande honor para una mujer el ser *odalisca* del sultán. [Nota del autor].

¹⁷ Para las concepciones espiritistas, el periespíritu es una envoltura semimaterial y “vaporosa” que une el cuerpo y el espíritu. Después de la muerte, el espíritu conserva esta capa, la cual puede llegar a ser visible e incluso tangible. Allan Kardec, *El libro de los Espíritus*, Alberto Giordano [edi-

ción) y J. Herculano Pires (notas), Editora Argentina 18 de Abril/Editora Espírita Española, 1970, pp. 34, 94, <<https://espiritismo.es/wp-content/uploads/2016/08/El-libro-de-los-Espiritus.pdf>>. [consulta: diciembre de 2018].

¹⁸ / *promessi sposi* (1827) es una novela de Alessandro Manzoni (1785-1873) de gran importancia para la enseñanza italiana luego de la unificación, entre otros aspectos, por su base histórica. En ella, los enamorados Lorenzo y Lucía están comprometidos. Su boda es impedida pero, tras diversos lances, inevitablemente se reencuentran para consagrar su amor y convertirse en esposos.



Flor del dolor; se terminó de editar en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, el 25 de marzo de 2019. La composición tipográfica, en tipos Janson Text LT Std de 9:14, 10:14 y 8:11 puntos; Simplon Norm y Simplon Norm Light de 9:12, 10:14 y 12:14 puntos, estuvo a cargo de NORMA B. CANO YEBRA. La edición estuvo al cuidado de GABRIEL M. ENRÍQUEZ HERNÁNDEZ.